

Don Hernando Domínguez Camargo, Cura de almas y Poeta de Santos

Por **EDUARDO MENDOZA VARELA**

No es fácil leer a Domínguez Camargo. Particularmente cuando nos encontramos con él por vez primera, y nos aventuramos en un poesía que difiere, como es obvio, de la tarea que han cumplido en distinta medida y en ámbitos muy menores, en confrontación con él, nuestros poetas. Domínguez Camargo no solo constituye un "caso" en el panorama poético del país sino de todo el continente hispanoamericano. Si nuestro pueblo no hubiera persistido a través de toda su historia en una tan limitada y estrecha insularidad y, sobre todo, si alguna vez hubieramos tenido una crítica menos miope, cuyo criterio hubiese rebosado las contingencias de la época, el poeta santafereño aparecería desde hace mucho como le corresponderá en breve, entre las grandes figuras creadoras de la poesía castellana.

En efecto, hemos tenido poetas en nuestro país, buenos unos pocos, medianos los más. A unos y otros, por circunstancias del estilo, de la época, de la coincidencia cronológica, puede comparárseles en una mutua y hermanable camaradería. Entre Pombo y Caro, valga el ejemplo, entre Silva y Valencia, pueden hacerse paralelos de vecindad o de distanciamiento. Domínguez Camargo por el contrario, no admite comparaciones con sus compatriotas. Es un poeta de dimensiones universales. Ocupa un lugar tan alejado, en un plano tan superior a todos sus colegas de Colombia, que es el único caso en nuestra poesía, sobreseído al medio, capaz de rebazar por derecho propio nuestras fronteras. Esta misma circunstancia explica su distanciamiento, la incomprensión, la ninguna curiosidad, la ausencia de disciplina para leerlo. El paralelo de Domínguez Camargo, puede hacerse con Góngora, acaso con Sor Juana. Pero en ningún caso con la nómina de los poetas que, en distinta dimensión - siempre nacional - sin embargo, ocupan el catálogo de nuestros breves ciclos de creación lírica.

Ciertamente durante más de siglo y medio se hizo un engorroso silencio sobre su nombre. Solo a principios del ochocientos, en vísperas de nuestra revolución, cuando la capital del virreinato comenzaba a despabilarse, un periodista y un maestro bastante desabrochado para su tiempo, el popularísimo don Manuel del Socorro Rodríguez, se reservó, con



este poeta entre los poetas, un plato bastante caliente para el paladar de sus contemporáneos. Esos endecasílabos, esas octavas reales, resultaban demasiado para los santafereños. El fraile de Turmequé, por ejemplo, escribe siendo apenas novicio, un romance que hubiera firmado sin reato, 300 años después, Federico García Lorca. Por conocido, algunos versos de ese romance pueden servirnos de puerta para entrar en el conocimiento del poeta. Dice así Domínguez Camargo:

*Corre arrogante un arroyo
por entre peñas y riscos,
que, enjaezado de perlas,
es un potro cristalino.*

*Cíñele el pecho un pretal
de cascabeles tan ricos,
que si no son cisnes de oro,
son ruiseñores de vidrio.*

*Estrellas suda de aljófara
en que se suda a sí mismo,
y atropellando sus alas,
dá cristalinos relinchos.*

*Bufando cogollos de agua,
desbocado corre el río,
tan colérico que arroja
a los jinetes alisos.*

*Dió con la frente en sus puntas,
y de ancas en un abismo,
vertiendo sesos de perlas,
por entre adelfas y pinos.*

*Escarmiento es de arroyuelos,
que se alteran fugitivos,
porque así amansan las peñas
a los potros cristalinos.*

Estos solos fragmentos tomados al azar, son un elocuente y suficiente testimonio. Sin embargo, el silencio volvió a caer, por otros ciento cincuenta años, sobre don Hernando. No existe en efecto, en toda la historia de la literatura castellana, un caso de olvido y desconocimiento más injusto. El apresuramiento con que lo juzgó el señor Menéndez Pelayo estimuló, sin duda, ese desgano, y retardó su reevaluación.

Sólo en 1927, el poeta español Gerardo Diego en su "Antología en honor de Góngora", (Revista de Occidente, Madrid) señaló aunque con explicable brevedad la importancia nunca exagerada de Domínguez Camargo. Más tarde, el crítico argentino Emilio Carilla, editó una antología y señaló en ella, una vez más - ya lo había hecho anteriormente en su libro "El Gongorismo en América"-, el excepcional sitio de Domínguez dentro de la poesía castellana. Nuestros críticos, cual más, cual menos, hasta hace aproximadamente una década, siempre se acercaron con reservas, y aun con vergonzoso des-

precio, a la poesía del autor del "Poema Heroico". Nunca tuvieron la curiosidad, que era antes que todo un deber, de descubrir a través de una lectura juiciosa del poeta, los tesoros que encierra. Nuestra probable crítica, si es que en este caso merece tal apelativo, se limitó a una copia de copias, repitiendo conceptos que no son, ni mucho menos, un modelo de rigor o de honestidad literaria.

Todo este olvido incidió, como es obvio, sobre los mismos accidentes y circunstancias de la biografía de Don Hernando. Sólo hace unos pocos años, después de una larga búsqueda por archivos civiles y sacristías, el investigador colombiano Guillermo Hernández de Alba, estableció numerosos hechos en la vida de Domínguez. Desde su registro de nacimiento, hasta el inventario de su testamento y su muerte, muchas circunstancias aparentemente accidentales han contribuido a explicarnos su obra, su carácter y los riesgos de su creación poética. Y aun han ayudado al estudio del Gongorismo en América, con la reevaluación del más importante poeta del Nuevo Mundo en el siglo XVII.

Su biografía, que puede estar llena de curiosas ocurrencias, de comunes acontecimientos, aparentemente menudos que bien podían sucederle a un cura de aldea, es simple sin embargo. Nace en Santa Fé de Bogotá en 1606. Se hace Jesuita. Demora algún tiempo en el Ecuador. Por alguna circunstancia que desconocemos -acaso su amor por la vida y por todo lo bueno que la vida nos proporciona, acaso por algún sabroso desliz-, es expulsado de la Compañía. Comienza entonces su peregrinar de cura insignificante, por Gachetá, por Tocancipá, por Paipa, por Turmequé, por una serie de menudos y aburridos pueblos. En uno de esos viajes visita tal vez a Guatavita donde, probablemente, no fue siempre bien recibido y tiene querellas para con los lugareños: la familia Garzón, el médico del pueblo, el tinterillo, y un tal Zambrano, correveidile de aquel tiempo. De ese contacto nace un soneto quevedesco. Son catorce versos escritos en pleno siglo XVII y que parecen algo más que una cosa de nuestros días.

De Turmequé don Hernando pasa a Tunja como Beneficiado de la Catedral, único reconocimiento a su tarea. Pero antes, arrellenado en la silla frailuna de su despacho parroquial, trabaja en su "Invectiva Apologética", una de las pocas prosas que del poeta se conocen -y que escribió para defender su "Romance a la Pasión de Cristo", texto lleno de veneno y al cual pone una dedicatoria a un amigo suyo, "Dele Dios a V. M. vida y a mí salud, para que me envíe muchos romances en que yo divierta la soledad de estos desiertos".

* * *

Tras la decadencia del arte barroco hispánico hacia la primera mitad del siglo XVIII, se condenó al ostracismo todo lo creado por esa corriente. En las letras, Góngora, Sor Juana, Domínguez Camargo; en la plástica, los templos, los altares churriguerescos. Fue un olvido tan denso que han debido transcurrir docientos y más años para la revalidación de aquellos nombres y de aquellas obras. Sólo a partir de 1920, se ha llegado a reincorporar a Góngora y a Sor Juana al sitio eminente que les corresponde en la literatura española y americana.

El reconocimiento de Domínguez Camargo, ha seguido un proceso más lento, que puede señalarse con los siguientes mojones: en 1927 descubre al poeta su colega español Gerardo Diego. En el 48 lo estudia el investigador argentino Emilio Carilla. En 1956 se hace una edición colombiana, la primera, con explicables errores, sin embargo, prologada por Fernando Arbeláez. Y en 1960 publica el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, sus "Obras", bajo la dirección de Rafael Torres Quintero, con estudios biográficos y críticos del historiador Hernández de Alba y de los críticos mexicanos Alfonso Méndez Plancarte y Joaquín Antonio Peñalosa. Como anotaba en algún artículo el historiador Germán Posada, la publicación de las "Obras" por el Instituto Caro y Cuervo, fue como un desagravio hispánico -de España, Argentina, Colombia y México- a la memoria del olvidado don Hernando Domínguez Camargo. Por último, el importante libro del Profesor Giovanni Meo Zilio, de la Universidad de Florencia, aparecido en 1967.

El asombro frente a la obra del P. Domínguez crece de punto si hojeamos, así sea de paso, el medio en que le tocó florecer. De haber sido fiel a su ambiente, el autor del "Poema Heróico" hubiera sido, a lo sumo, un efímero ejemplo de buen cura. Pero esta alma ungida por la gracia expresiva, supo sacar del contacto con ese mundo de rezos y de indios, un partido singular. Leyéndolo sabemos de una fina subjetividad que se basta a sí misma, de una sensualidad por las cosas de la vida, de un temple y una casta que sabe encontrar por el sendero de la inspiración, el significado último de cada palabra. Desde este punto de vista, Domínguez es maestro de estilo, maestro del mejor gongorismo. Y su intuición metafórica desconcierta por su exactitud y justeza. Nada de palabras sobrantes, nada de morralla, nada de materiales excesivos. Partiendo de lo más simple, en una suerte de candorosa pedagogía, sabe mantener el vuelo en regiones enrarecidas por la atmósfera cogitiva. Una innata predisposición del alma para la ceterería poética, mueve su palabra y comunica fuerza, elegancia y seguridad a su impulso. Cualquiera de sus páginas es un dichoso ejercicio de conocimientos y un orgullo para el idioma.

En el ambiente de Tunja, ambiente de chismorreos y consejas, ciudad fría, recoleta y letrada, Domínguez Camargo despliega con mayor soltura su ingenio y se entrega con mayor ahinco a sus gustos. Son los seis últimos años de su vida. Por ellos sabemos mejor, que fue hombre refinado, carácter sutil, aficionado a la buena mesa, al mejor vestir, amigo de los objetos bellos y, obviamente, de las artes. Compra casas con los ahorros de sus curatos, las amuebla y decora casi con sibaritismo. Contrata un pintor radicado entonces en Tunja, Jacinto de Rojas, y le encarga lienzos de devoción y figuras de sibilas. En el inventario de su testamento, se habla de musetas de terciopelos y damascos, de sobrecamas y rodapiés bordados, de ceñidores de seda, vestidos con sus vueltas de terciopelo, frascos de aljofares, medias de seda y ligas con puntas de oro, bastón con empuñadura de plata y quevedos de oro, una espada ancha de Toledo, un puñal barcelonés, en fin, toda una utilería decadente y hermosa.

La obra central de don Hernando Domínguez Camargo es su "San Ignacio de Loyola, Poema Heróico", publicado en Madrid en 1666, es decir, siete años después de su muerte. El poema sigue paso a paso la biografía del santo mirando algunas veces a las "soledades" de Góngora, aunque separándolas con inusitada frecuencia. El Jesuíta camina a sus anchas y va trabajando sus estrofas justamente como puliendo diamantes. En efecto, la vida de San Ignacio es un mero pretexto para describirnos paisajes, banquetes, jardines, hombres y animales, estados del alma.

No hay en este poema vallas, ni en la armonía, ni en la gracia, ni en el dominio del lenguaje. La vida no le alcanzó para terminarlo ni para pulirlo. "Sin embargo, -escribe un historiador de nuestra literatura, uno de los pocos que han comprendido y han leído a Domínguez Camargo-, cada palabra está allí donde más rinde por su sonoridad y colorido. La rima triunfa por su novedad. Y ceñido a lo estrictamente necesario, cada estrofa técnicamente perfecta, también nos depara sorprendentes aciertos en epítetos y locuciones. Se produjo así la síntesis musical que, al fundirse con la ideológica, crearon la auténtica forma domingueciana".

En Tunja probablemente escribió don Hernando alguna parte de esas octavas reales. Y mientras convocaba todas esas imágenes, en abigarrado movimiento, al modo de nuestros altares y templos coloniales, también presentía la muerte. La belleza comienza a parecerle como efímera y vana. En el Canto VI del poema, por ejemplo, Ignacio detiene a un mancebo, Julio, y le aparta con un discurso, de su amante, y del amor que sentía por su amante. En la descripción de la belleza siempre efímera, que hace Domínguez Camargo de la concubina de Julio, se encuentran también algunos de los versos más sugestivos y hermosos del poema:

*Ni el oro fuera oro en su cabello,
ni el nácar fuera nácar en su frente,
ni en cada hoja de su labio bello
sueldo el rubí tirara de luciente;
la nieve le tiznara el blanco cuello,
la perla le manchara el neto diente,
su mejilla la rosa oscureciera,
y a su carne la pluma endureciera.*

... ..
*Si un arco ilustra el brazo de Cupido,
habráse en sus dos cejas duplicado,
y en sus pechos de plata dividido
si más de un Potosí se hubiera hallado.
Si ponto de sirenas dulce ha habido;
al de su boca entrecho habrá llegado;
si cuna tiene el sol, urna la estrella,
será el hoyuelo de su barba bella.*

Este fragmento resulta lo suficientemente lúcido y abre, estrofa tras estrofa, un estuche en el que puede advertirse, sin reparos, la novedad de cada imagen, la audacia, la gracia y la justeza en la expresión

Las metáforas -como advierte el crítico mexicano Joaquín Antonio Peñalosa, y antes que él, el humanista Méndez Plancarte-, "se encumbran unas sobre otras, encablagadas y borvollantes, capaces de levantar, de la línea poética, toda una enhiesta e interminable cordillera de símbolos".

Reparemos muy de paso, en otras de sus peculiares formas de expresarse. Así la espléndida imagen de la noche, cabe en una sola octava que bien quisiera de prestado el más poeta de los poetas:

*Obscura cuerva, aun a pesar del hielo,
negras plumas la noche descogía,
y borrándole al aire el claro velo
las huellas dubias escondió del día.
Y el soñoliento Ascálafo del cielo,
que sus ojos en astro y astro abría,
la atezada batiendo brumal ala
a las pupilas fúlgidas se cala.*

Esta octava hace pensar, por fuerza, en aquella otra descripción del Cosmos, contemplado también en la quietud nocturna:

*La carroza admiró correr del cielo
cuyas raudas esferas agitadas,
cuya cortina azul de terciopelo
cuyas ruedas de estrellas tachonadas,
gira en perpetuo infatigable vuelo
sin ruidoso tropel de pías aladas,
auriga un ángel, que trastorna sólo
la máquina del orbe en polo y polo.*

Es necesario insistir en la ceguera de nuestra crítica literaria, y en el tono inexplicablemente vergonzoso, que se usó para con el admirable poeta jesuita. Empezando por don Marcelino Menéndez y Pelayo, que en lo que toca con nuestra poesía escribió tan apresuradamente, la crítica inicia una repetición de repeticiones en lo que se refiere a Domínguez y al gongorismo en América. Nuestros críticos no se tomaron nunca el trabajo de leerlo cuidadosamente. Menéndez y Pelayo, en efecto, se limita, al mencionar a los poetas gongorinos de América, a decir que Hernando Domínguez Camargo, "no fue el peor de todos, y que por lo menos tuvo la suerte de dejarnos bastantes muestras de su ingenio". Aunque a renglón seguido añade sin ningún reato: "Su Poema Heroico", de San Ignacio de Loyola es, sin duda, uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo, sin ningún rago de ingenio que haga tolerables sus aberraciones".

Don Marcelino, pues, copió a Vergara y Vergara que también se las trae con Domínguez. Y don Antonio Gómez Restrepo, por su parte, copia después a Don Marcelino. Se instaura así, esa cofradía de historiadores y críticos de la literatura colombiana que, a pesar de su fama, no siempre lejan a los autores, no investigaban, no mostraron ni disciplina ni rigor en el ejercicio de la crítica. En los textos escolares, con raras y ahora expugnables excepciones, a nuestros muchachos se les enseña, por este medio

a ignorar la historia patria, la historia literaria, el valor auténtico, y la revisión que deberá hacerse algún día de nuestros escritores y poetas. Gómez Restrepo nunca entendió a Domínguez Camargo, así como don Marcelino Menéndez y Pelayo nunca pudo entender a Góngora. Y después no pudieron entender a este jesuita admirable, la nómina curiosa de los comentaristas que han seguido, al pie de la letra, al crítico español y al crítico colombiano, sin tomarse el trabajo de ir a saborear el agua en las propias fuentes.

Por suerte para todos nosotros, se ha abierto fácilmente el libro de Domínguez Camargo y ahora disponemos de nuevos ojos y nuevo corazón para justipreciar su legado. Estamos en una hora de reivindicaciones poéticas y también, no hay duda, de condenaciones poéticas. Es fácil imaginar a don Hernando, en sus tierras del altiplano, un poco hosco, enfundado en su orgullo, incomprendido en su tiempo, desdeñado por levitas que lo envidiaban y por seglares que no lo entendían. Muchas veces caminando al azar por tierras de Boyacá, se me ha venido siempre a la cabeza la figura de este cura y me doy a hilvanar imágenes y escenas, como si él, en gracia a lo que hizo y escribió, resumiera como nadie, este paisaje de colinas y nubes barrocas.

Varias veces, en este menester, se me ha ido la tarde, aquella hora virgiliana que se resume en el balar de las ovejas o en la campana que se evidencia entre el humo de los tejados. En ese paisaje aparentemente desnudo, urdió este clérigo su arquitectura de imágenes, ladrillo tras ladrillo, piedra tras piedra, escarbando el terreno. Deslumbrado por el signo poético, herrado por el hierro de la poesía, Domínguez Camargo cumplió en silencio su camino. Se han necesitado -digámoslo otra vez- trescientos años para que vuelva a nosotros y suba a su sitio, uno de los más altos nombres de la poesía hispana. Su alma viene ahora, evocada por los nuevos magos, por sus auténticos colegas, que han llegado, sin embargo, con tres siglos de retraso. Y este cura se acerca y se acomoda en nuestra mesa, a nuestro llamado, que es como aquel otro llamado que San Pedro, en el "Poema Heroico", hace a Ignacio, herido en el sitio de Pamplona:

*"Tendió al alma la red su voz suave,
y en todo el cuerpo la investiga apenas,
que es pez el alma que nadar no sabe
sino en los hondos ríos de las venas:
sólo en la sangre su elemento cabe:
flacas las carnes son, sin ella, arenas;
de estos la saca Pedro, altos agravios,
a la purpúrea orilla de los labios.*

* * *

